

marca la imaginación
de ese insondable caudal,
de esa eterna sucesión
que no tiene fin jamás,
tiempo y espacio, expresión,
del *más*, del último *más*!...

V

¡Rhin! *Más* en el tiempo ¿qué es?
Contad un día y un mes,
luego un siglo, después mil,
siglos de siglos después
con la cabeza febril
por siglos multiplicad,
y después que acumuléis
á toda una eternidad,
si no amengua vuestro ardor
jamás, jamás y jamás,
aun acumular podéis
cien eternidades más,
del postrer jamás al fin...
¡Siempre *más*! ¡Gloria á Leonor!
¡Rhin, Ganimedes, *más* Rhin!...

VI

¡Rhin, Rhin! Como es la evasión
del tiempo que se nos va,
también se halla en la extensión
ese eterno más allá;
sumad un mundo, dos, tres,
y cuatro, y mil, y un millón
y mil millones después,
y hallaréis en conclusión,
de vuestras sumas al fin,
del postrer mundo al través,
siempre otro mundo detrás...
¡Rhin, Ganimedes, *más* Rhin!...
¡*Más*!... ¡mucho *más*!... ¡mucho *más*!!!...

XLIII

COSAS DEL TIEMPO

Pasan veinte años: vuelve él,
y al verse, exclaman él y ella:
(—¡Santo Dios! ¿y éste es aquél?...)
(—¡Dios mío! ¿y ésta es aquella?...)

XLIV

ENGAÑOS DEL ENGAÑO

—¡Cuánto creía en ti, cuánto creía!
—Te juro que, aunque infiel, soy inocente.
—¿No pensabas amarme eternamente?
—Yo lo pensaba así, querida mía.

De mi error en disculpa, este letrero
sobre mi tumba dejaré grabado:
«Perdónale al infiel que te ha engañado,
porque á sí mismo se engañó primero.»

XLV

TODO ESTÁ EN EL CORAZÓN

La reina que enloquecía
por don Felipe el Hermoso,
la tumba al ver de su esposo,
—¡Todo está allí!—se decía.
Sus restos exhumó un día,
mas nada allí vió; y así,
en vez del—todo está allí,—
desde tan triste ocasión,
señalando al corazón,
decía:—¡Todo está aquí!—

XLVI

¿QUÉ ES AMOR?

Qual es cada uno en lo interior,
tal juzga lo de fuera.

(KEMPIS, lib. XI, cap. IV.)

Dudando, Enriqueta, tu pura inocencia,
si amor, que aun no sientes, es dicha ó dolor,
¿pretendes que diga mi amarga experiencia,
¡feliz, pues lo ignoras! qué cosa es amor?

¡Alzad de las tumbas, y al par de la brisa
cruzad, bellas sombras, dejando el no ser!
La Estuardo, Francisca, Lucrecia, Eloísa,
¡dementes sublimes! decid: ¿qué es querer?

—Querer, un misterio—comienza la Estuardo—
que á dos funde en uno, partiendo uno en dos.
—¿Qué son tus amores, amor de Abelardo?
—Infierno de dichas y cielo sin Dios.

No amar siendo amada—prosigue—*no es vida*;
no ser nunca amante ni amada, es *no ser*;
querer, el *infierno*, no siendo querida;
mas, siendo querida, la *gloria* es querer.—

¡Perdona, oh perpetuo pudor de la historia,
perdona á mi musa, si evoca en tropel
los nombres que fueron escándalo ó gloria:
Cleopatra, la Cava, Teresa, Raquel!

Dejad los sepulcros, falange divina,
tomando á mi acento las formas de ser:
Elena, Artemisa, Judith, Mesalina,
¡honor ó vergüenza! decid: ¿qué es querer?

Decidme si es fiebre que el alma envenena,
ó sólo un deleite que se une al pudor:
Semíramis, Safo, Ninón, Magdalena,
¡falsarias eternas! ¿qué cosa es amor?

Teresa la santa, más bien la divina,
—Amor—dice—junta ternura y deber.
—Amar es—replica la vil Mesalina—
hallar el descanso, cansando al placer.

—Amor pierde—dicen la Cava y Elena—
la fe y patria siempre, los goces jamás.
—Es—dice, gimiendo de amor Magdalena—
gozar mucho, y luego llorar mucho más.—

Y Safo, con fiebre de amor que no espera,
—Morir por quien se ama—prorrumpe—es querer.
—Es cierto—responde Lucrecia altanera:—
morir por quien se ama, si se ama el deber.

—Vivir en la mente—prosigue Artemisa—
de aquel que amó mucho y amó porque sí.
—Vivir siempre en otro—murmura Eloísa.
Semíramis dice:—Vivir otro en mí.

—¡Hablar con el aire!—de amor satisfecha,
¡mal haya su boca! prorrumpe Ninón:—
amores sin crimen, son sueños sin fecha;
pasión que no afrenta, no es digna pasión.—

¡En fin! ¿halla el que ama la gloria ó el infierno
¡Aquí las perjuradas! ¡Las fieles aquí!
Decidme, en resumen, lo que es ese eterno
deseo que miente, mintiéndose á sí.

—¡Morir!—dice Safo. Francisca,—¡el incesto!—
Teresa,—¡aquel místico amor del amor!—
Judith y Lucrecia,—¡gozar con lo honesto!—
Cleopatra,—¡la orgía!—Raquel,—¡el pudor!—

¡Silencio! Así al mundo volvieron demente;
y aun dudan hoy locas, más locas que ayer,
si amor da delicias, ó si es solamente
perder la ventura buscando el placer.

¡Huid, falsas dueñas de todos los dueños
que el mundo anegaron en llanto por vos;
que hacéis de la vida ya un sueño de sueños,
que hacéis de la carne ya un monstruo, ya un dios!

¿Amor en vosotras es todo, ó no es nada,
verdad ó mentira, virtud ó placer?
¡Odiosa falange del mundo adorada,
pues sois siempre un caos, tornad al no ser!

¡Maldito aquelarre de diosas, que ignora
si amor cura ó mata, si afrenta ó da honor!
—Ya oíste, Enriqueta; si sabes, ahora
responde tú misma: ¿qué cosa es amor?

XLVII

LAS DOS GRANDEZAS

Uno altivo, otro sin ley,
así dos hablando están:
—Yo soy Alejandro, el rey.
—Y yo Diógenes, el can.
—Vengo á hacerte más honrada
tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí?—Yo, nada.
Que no me quites el sol.
—Mi poder es...—Asombroso,
pero á mí nada me asombra.
—Yo puedo hacerte dichoso.
—Lo sé; no haciéndome sombra.
—Tendrás riquezas sin tasa,
Un palacio y un dosel.

—¿Y para qué quiero casa
 más grande que este tonel?
 —Mantos reales gastarás
 de oro y seda.—¡Nada, nada!
 ¿No ves que me abriga más
 esta capa remendada?
 —Ricos manjares devoro.
 —Yo con pan duro me allano.
 —Bebo el Chipre en copas de oro.
 —Yo bebo el agua en la mano.
 —Mandaré cuanto tú mandes.
 —¡Vanidad de cosas vanas!
 ¿Y á unas miserias tan grandes
 las llamáis dichas humanas?
 —Mi poder, á cuantos gimen
 va con gloria á socorrer.
 —¡La gloria! capa del crimen.
 Crimen sin capa ¡el poder!
 —Toda la tierra, iracundo,
 tengo postrada ante mí.
 —¿Y eres el dueño del mundo,
 no siendo dueño de ti?
 —Yo sé que, del orbe dueño,
 seré del mundo el dichoso.
 —Yo sé que tu último sueño
 será tu primer reposo.
 —Yo impongo á mi arbitrio leyes.
 —¿Tanto de injusto blasonas?
 —Llevo vencidos cien reyes.
 —¡Buen bandido de coronas!
 —Vivir podré aborrecido,
 mas no moriré olvidado.
 —Viviré desconocido,
 mas nunca moriré odiado.
 —¡Adiós, pues romper no puedo
 de tu cinismo el crisol!
 —¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,
 pues no me quitas el sol!—
 Y al partir, con mutuo agravio,
 uno altivo, otro implacable,
 ¡miserable! dice el sabio;
 y el rey dice: ¡miserable!

XLVIII

ACHAQUES DE LA VEJEZ

No confíes ni estribes sobre la
 caña hueca, porque toda carne es
 heno y toda su gloria caerá como
 flor.

(KEMPIS, lib. XI, cap. VII.)

I

Si no me ataran los pies
 la gota, y lo que no lo es,
 contigo iría hasta el fin
 de este encantado jardín.
 ¡Rompamos la marcha, pues!
 ¡Ea! á la una, á las dos,
 á las... ¡por vida de Dios!
 tenme, no me caiga, Inés.

II

¡Ah! ¡cómo enciende de amor
 de tus ojos el color,
 el mismo con que Rafael
 nos pinta la caridad!
 A su dulce claridad,
 cien vueltas á este vergel
 diera de buen grado, Inés.
 Mas ¿qué importa ¡maldición!
 que me arrastre el corazón,
 si me flaquean los pies?

III

¡Bien! De nuevo tu beldad
 nueva extensión da á mi ser,
 y de mi primera edad
 ya casi siento el placer.
 Inés, ¡qué felicidad
 si ahora á mi voluntad
 igualase mi poder!
 Ya di un paso. ¡Vuelve á mí,
 fuego de mi corazón,
 de ese éter universal
 donde en deliquio inmortal
 de expansión en expansión
 toda la vida vertí!

Otro paso. ¡Bien! ¡Muy bien!
 Como el de Venus, también,
 Inés, tu talle español
 arrastra á cuantos lo ven,
 subiendo de sol en sol
 derechos hasta el Edén.
 ¿Ves? Ya me siento ascender;
 demos la vuelta hasta el fin
 de este encantado jardín.
 ¡A ver cómo marchó, á ver!
 ¿Dices que tiemblo? ¡No... no...
 es que la tierra, cual yo,
 vibra también de placer.
 ¿Oyes? ¡Cuán bien con tu amor
 celebra ese ruiseñor
 nuestro epitalamio actual!...
 Pero por vida de tal,
 que á los tres pasos, Inés,
 del exceso de sentir
 se me van algo los pies...
 Y además, al percibir
 cómo me hiela el sudor,
 ya comienzo á presentir
 que ese inocente cantor
 á la entrada del Edén,
 en vez de este mutuo amor,
 acaso ¡fatalidad!
 está cantando más bien
 mi unión con la eternidad!

IV

¡Ay, Inés! ¡no puedo más!
 pongamos al viaje fin.
 Aquí estoy bien, y además
 siempre está donde tú estás
 el oasis del jardín.
 ¡Gracias, mi esposa! ¡Tú aún crees
 que este corazón senil
 no es un árbol sin calor,
 cuando con tan tierno amor
 mi mano coges, Inés,
 con el mismo aire gentil
 con que se coge una flor!
 ¡Ay! ignora tu bondad,
 como ignoró mi ilusión,
 que es inútil la beldad
 cuando ya en el corazón
 queda sólo la razón,
 flor de la esterilidad!

Sentémonos, pues aquí,
 á las puertas del Edén;
 y mientras maldigo así
 este cuerpo baladí,
 perdona el error de quien
 se está muriendo por ti.
 Muriéndome, Inés, ¡sí! ¡sí!
 por eso creyendo voy
 que, evaporado, ya soy
 errante espectro de mí.

V

Mas si no alcanzo al honor
 de dar dos vueltas ó tres,
 no es por falta de valor,
 como tú sabes, Inés;
 tan solamente ¡oh dolor!
 por estos malditos pies
 no puedo entrar, como ves,
 en el templo del amor.
 Y ya que has llegado á ver
 que para poder entrar
 sólo me falta tener
 los pies que me han de llevar,
 te prometo, hermosa Inés,
 que en cuanto yo tenga pies,
 en ti, por ti, y para ti
 iré hasta el templo que ves,
 y alguna vez más allá...
 ¿Dices que ahora? ¡Ay de mí!
 La voluntad está aquí;
 mas ¿y los pies? ¡Ahí está!...

XLIX

SUFRIR ES VIVIR

A mi querido amigo don Eduardo Bustillo

Maldiciendo mi dolor,
 á Dios clamé de esta suerte:
 —Haced que el tiempo, Señor,
 venga á arrancarme este amor
 que me está dando la muerte.—
 Mis súplicas escuchando,
 su interminable camino
 de orden de Dios acortando,

corriendo ó más bien volando,
como siempre, el tiempo vino.

Y—voy tu mal á curar—
dijo; y cuando el bien que adoro
me fué del pecho á arrancar,
me entró un afán de llorar
que aun, de recordarlo, lloro.

Temiendo por mi pasión,
penas sufrí tan extrañas,
que aprendió mi corazón
que una misma cosa son
mis penas y mis entrañas.

Y feliz con mi dolor,
gritó mi alma arrepentida:
—Decid al tiempo, Señor,
que no me arranque este amor,
que es arrancarme la vida.—

L

LOS DOS ESPEJOS

En el cristal de un espejo
á los cuarenta me vi,
y hallándome feo y viejo,
de rabia el cristal rompi.

Del alma en la transparencia
mi rostro entonces miré,
y tal me vi en la conciencia,
que el corazón me rasgué.

Y es que, en perdiendo el mortal
la fe, juventud y amor,
se mira al espejo, y... ¡mal!
se ve en el alma, y... ¡peor!

LI

LA FE Y LA RAZÓN

A don Nicomedes Martín Mal.

I

La reina de Suecia un día,
recibiendo gravemente
lección de filosofía,
á Descartes le decía
con gravedad lo siguiente:

—Lleváis, maestro, al exceso
de mi ignorancia la fe:
PIENSO, luego SOY. No es eso:
pienso, luego sé que sé.

Ya veis que empiezo á dudar,
como vos, para creer.
Pero antes de comenzar,
decidme: ¿es ser el pensar?
¿Acaso el ser es saber?

No os alteréis; con paciencia
probaré que vuestra ciencia
puede resumirse así:
Yo *soy* lo que *es*. Consecuencia:
No hay verdad en la experiencia
ni dicha fuera de mí,
pues que saca la conciencia
fe, dicha y verdad, de sí.

¿Mi deducción no es probada?
Sin duda, pues la acomodo
á vuestra tesis sentada:
Yo soy sólo el ser; de modo
que si es mi conciencia todo,
todo lo demás es nada.

¡Oh maldito escepticismo!
¿No estáis viendo, hombre inhumano,
que con atroz ateísmo
lanza vuestra impía mano
á Dios y al mundo á un abismo,
siendo el pensamiento humano
de sus juicios soberano
y único juez de sí mismo?

¡Horrible es la ciencia, sí,
que hasta de la fe el consuelo
mata; pues juzgando así,
si existe Dios en el cielo,
sólo es porque existe en mí!

¡Maestro! vuestra opinión
que es ilusión confesad,
y si no es una ilusión,
mi mente es la autoridad;
la dicha es mi corazón;
soy lo que *es*; y en conclusión,
mi verdad es la verdad,
mi razón es la razón.

II

Descartes, después de oír
á su alumna en aquel día,
de tristeza que tenía
se puso el pobre á morir,
y así muriendo decía:

—¡Ay! ¿qué puedo conocer,
gran Dios, si ignoro yo mismo
si es igual pensar y ser?
¿Cómo salvaré el abismo
que hay entre el ser y el saber?
¿Dónde estás, razón que adoro?
¡Valedme, adorada fe!
¿Cuál es la verdad que exploro?
Ya sé que soy: bien, ¿y qué?
¡Nada! Excepto el *sé que sé*,
todo lo demás lo ignoro.

¡Noble razón! ¡santa fe!
¿Eternamente estaré
entre una y otra suspenso?
No hay duda; pienso que pienso,
mas lo que pienso no sé.

¿Será verdad que mi ciencia
va del ateísmo en pos,
y que sin fe ni experiencia,
no existe más ley de Dios
que la ley de la conciencia?

¡Grande es mi error, pese á tal!
Soy, porque pienso; ¿y después?
Después ya no hay bien ni mal,
pues cada hombre entonces es
centro del mundo moral.

¿Y cómo ha de hallar el alma
en este mundo quietud,
sin virtud que dé la calma,
sin fe que dé la virtud?

¡Sacadme, Dios de bondad,
de esta eterna confusión!
¿Mi verdad es la verdad?
¿Mi razón es la razón?—

III

Cuando Descartes murió,
Cristina, del *sé que sé*
las consecuencias sacó,
y á Monaldeschi mató,
dió á su trono un puntapié,
su religión abjuró,
y al fin refugio buscó
en la católica fe.
Tal fué su historia. De suerte
que, de cuanto hay aburrída,
yendo hacia la eterna vida
que no muere con la muerte,
el célebre *sé que sé*
dió al olvido, y de este modo
halló la ciencia en la fe,
última verdad de todo.

Y próxima ya á llegar
á aquel último momento
en que engañar el pesar
es nuestro solo contento,
decía con humildad,
pidiendo al cielo perdón:
—Recibe, Dios de bondad,
mi postrera confesión;
es la fe mi autoridad,
es el mal mi corazón.
¡No es mi verdad la verdad!
¡No es mi razón la razón!

LII

LAS CREENCIAS

Deja todas las cosas transito-
rias, busca las eternas. ¿Qué es
todo lo temporal sino engañoso?
(KEMPIS, lib. III, cap. I.)

I

Queriendo un rey discutir
las creencias, llama gente
de Ocaso, Sur, Norte, Oriente,
tanto que puedo decir
que está allí el mundo presente.

II

BELLEZA

El rey su noble cabeza
cortés inclina hacia el suelo,
abre la sesión, y empieza:

—Se discute la *Belleza*,
raro presente del cielo.

—Es lo negro la hermosura—
dice uno de negra tez.

Otro blanco:—Es la blancura.

—Lo azul—un indio murmura;
y un chino:—la amarillez.

—Sí tal—clama uno.—No tal—
gritan otros replicando.

Dice un griego:—Es lo ideal.—

Un francés:—La gracia andando.—

Un inglés:—Lo original.—

Queda el rey meditabundo,
siguen los demás sus huellas,
y piensa:—En creer me fundo
que si hay en él cosas bellas,
no hay tipo bello en el mundo.—

Pausa. A tan locos extremos
calla el concurso. Y después
dice un sabio:—Según vemos,
la belleza no es lo que es,
sino que es lo que queremos.—

Fijada así la cuestión,
pregunta otro sabio:—¿Qué es
la belleza, en conclusión,
si lo feo en un lapón
es lo bello en un inglés?—

Nadie á esto respuesta da.

El gran rey calla y suspira,
y dice:—Acabemos ya;

la belleza sólo está
en los ojos de quien mira.

III

GLORIA

Nueva expectación. Después
prosigue el Rey:—Discutamos
si nuestra *gloria* sólo es
el Gólghota, en que dejamos
los primeros treinta y tres.

—De Bruto es la indignación.

—Es de César la grandeza.

—La vanidad en acción.

—Toda la humana simpleza,
fundida en una ilusión.

—Placer de lo extraordinario.

—Humo que despide luz.

—Luz que despide un osario.

—Dicha de llevar la cruz

á la cumbre de un calvario.

—¡Gloria! grandeza pequeña.

—Dolor que canta una trompa.

—Verdad de todo el que sueña.

—Bazar en que el hombre enseña
de su miseria la pompa.

—Espacio que un aire llena.

—Abrir tumbas con la espada.

—Morir viviendo en escena.

—Es un néctar que envenena.

—Es darlo todo por nada.—

No viendo sino locura

en duda tan espantosa,

con la más honda amargura,

—¡La gloria!—el gran rey murmura,—
¡poca cosa, poca cosa!

IV

JUSTICIA

—¿Qué es justicia, y dónde se halla?—

dice el rey. A nombre tal,

se alzan grandes y canalla,

gritando unos:—¡La metralla!—

diciendo otros:—¡El puñal!

—La justicia es el humor.

—Lo justo es la autoridad.—

Los grandes:—Es la bondad.—

Los reyes:—Es el rigor.—

El pueblo:—Es la libertad.

—Es—dicen los escogidos—

que al bueno el que es malo tema.—

Y exclaman los oprimidos:

—La justicia es este lema:

¡DESDICHADOS LOS VENCIDOS!—

A tan discorde rumor

dice alto el rey:—¡Basta ya!—

Y en voz baja:—Pues, señor,

todo espectáculo está
dentro del espectador.

V

VIRTUD

Sigue el rey con emoción,
pero con noble actitud:

—¿La virtud es la ilusión?
¿Es prueba una buena acción
de que hay tipo de *virtud*?—

Y un sabio:—Hay virtud cumplida—
responde,—si hay quien se atreva
á obrar siempre como deba;
mas ¿puede haber en la vida
juicio que esté á toda prueba?—

De este sabio á la opinión
se adhiere otro sabio más:
—¿Qué es virtud, en conclusión,
si hay puntos donde jamás
resiste nuestra razón?

—La virtud—dice un pagano—
es el placer que va unido
al bello ideal humano.

—La virtud—dice un cristiano—
es el deseo vencido.—

Y exclama la juventud:
—La virtud no es la fortuna.—
A lo cual la multitud
dice:—Mas, sin duda alguna,
la fortuna es la virtud.—

Y un hombre que, irracional,
toma por ciencia el desdén,
dice:—Regla general:
dudad cuando os hablen bien;
creed cuando os hablen mal.

—Es tristeza.—Es el contento.
—Es sufrir.—Es la salud.—

Y un epicúreo opulento
prorrumpe:—¡Virtud! ¡virtud!
Cuestión de temperamento.

A este axioma el Rey—No hay tal—
á replicar se apresura;—
la virtud es inmortal;
si el mundo es un cenagal,
buscadla siempre en la altura.

VI

RELIGIÓN

Una tras otra ilusión
mirando desvanecidas,
—Veamos la *Religión*,—
dijo el gran Rey, ya caídas
las alas del corazón.

Uno:—Es fe.—Y otro:—Es conciencia.
—Es lo eterno.—Es el no ser.
—Es fúerza.—Es benevolencia.
—Es de Confucio la ciencia.
—Es de Mahoma el placer.

—¡Silencio!—el gran Rey profiere,
la religión viendo hollada;—
creer sólo lo que agrada
es todo lo que se quiere,
y lo que es todo no es nada.

¡Inútilmente, traidora,
dardos la impiedad te lanza,
religión que el mundo adora,
fuente de nuestra esperanza,
de esta virtud que no llora!

¡Nunca el alma racional
podrá creer que eres sueño,
bálsamo de todo mal,
luz á través de la cual
todo en el mundo es pequeño!

VII

Calló, y á una cortesía
que hizo al pueblo el rey, de pie,
todo el concurso aquel día
creyendo lo que creía,
por donde vino se fué.

LIII

AMOR Y GLORIA

Sobre arena y sobre viento
lo ha fundado el cielo todo,
lo mismo el mundo del lodo
que el mundo del sentimiento.
De amor y gloria el cimienta
sólo aire y arena son.